

## **AZORÍN, AZAÑA, ANTONIO ESPINA, SÁNCHEZ MAZAS Y LOS SOLDADOS DE SALAMINA**

JUAN EUGENIO BLANCO RODRÍGUEZ

El día 15 de octubre de 1938, Azorín, que se había exiliado voluntariamente en Francia, escribía a Manuel Azaña, encabezándola con la expresión «Mi buen amigo», la siguiente carta:

«Hace casi dos años que vengo trabajando arduamente por la liberación de Antonio Espina. Las gestiones por mí realizadas han tenido incidentes diversos, y he sufrido en el curso de ellas tristes decepciones. ...Pero de unas en otras, como se dice vulgarmente, ha venido el problema a plantearse en un terreno definitivo e inapelable. Se quiere, y se quiere con vehemencia, que por Antonio Espina sea dado Rafael Sánchez Mazas. Las dos personalidades pertenecen al P.E.N. Club que yo presido. Sánchez Mazas está detenido en Barcelona; Espina ha sido condenado en Palma de Mallorca a doce años de prisión. He propuesto yo, con reiteración, al Gobierno de la República, que se accediera a la cesión de Sánchez Mazas. Se me ha contestado que Sánchez Mazas estaba acusado de cierto delito grave. He replicado yo que ese delito, tratándose de Sánchez Mazas y de las circunstancias que en esta ocasión le acompañan, era totalmente ilusorio. Y aquí terminó mi gestión. Pero no me doy por vencido. Y ahora, con todo respeto, acudo a usted, por si usted, amigo lealísimo de Antonio Espina, tiene a bien interponer su influencia para que Rafael Sánchez Mazas sea cedido y el canje tan suspirado se realice. Puedo decir, con plena autoridad para decirlo, que si el Gobierno de la República pone a Sánchez Mazas en Cerbere, en el mismo momento será puesto en Marsella Antonio Espina con su mujer y sus hijos. Quiero que considere usted, y que considere el Gobierno de la República, de quien Espina ha sido tan fiel servidor, que Antonio se encuentra en una situación afligida en extremo, pobre, perdida la razón y con un terrible mal en la lengua.

Con todo respeto le saluda

José Martínez Ruiz (Azorín)»

La carta va dirigida «A S.E. el Presidente de la República Española, don Manuel Azaña y Díaz» y la escribe Azorín desde su domicilio de 14, rue Tilsitt, París.

Sobre Antonio Espina, Azaña, reseñando información que había recibido sobre la situación en Palma de Mallorca, decía en 16 de agosto de 1937, en memorias escritas desde La Pobleta: «El pobre de Antonio Espina, que acababa de posesionarse del

Gobierno Civil de Palma, al estallar la rebelión, sigue procesado y desde un frustrado canje en Barcelona, tiene la razón medio perdida. Ha intentado suicidarse» (1).

El día que escribía Azorín, Sánchez Mazas estaba, efectivamente, en Barcelona, no precisamente detenido, sino preso desde el 29 de noviembre de 1937 en el barco-prisión «Uruguay», donde permanecerá hasta el 4 de enero de 1939, en que lo trasladarán al Monasterio de Santa María de Collell. Para el seguimiento de la azarosa peripecia de Sánchez Mazas desde su traslado hasta su encuentro liberador con las tropas nacionales que hostigaban al ejército republicano en su retirada hacia Francia, parece oportuno acudir al relato que hace Javier Cercas, al que suplicamos perdón por el brutal troceo del texto (2).

«Estamos a 29 de noviembre de 1937; ...fue conducido al barco *Uruguay* ... El 24 de enero de 1939, dos días antes de que las tropas de Yagüe entren en Barcelona, le despierta un rumor inusual, y no tarda en advertir el nerviosismo de los carceleros. ... Hacia las tres de la tarde un agente del SIM le ordena salir de la celda y del barco y subir a un autobús aparcado en el muelle, donde le esperan otros catorce presos procedentes del *Uruguay* y de la checa de Vallmayor, y los diecisiete agentes del SIM encargados de su custodia. ... El autobús recorre en silencio Barcelona, ... cruzan Gerona y ... Banyoles ... (y llega al) santuario de Santa María del Collell. Allí Sánchez Mazas va a pasar cinco días junto a otros dos mil presos llegados de lo que queda de la España republicana, ... Al atardecer del día 29, Sánchez Mazas, ... y sus compañeros de celda son conducidos a la azotea del monasterio, ... el amanecer del 30 de enero ... un carcelero les ordena salir. ... un hombre joven ... les anuncia que van a trabajar en la construcción de un campo de aviación en Banyoles ... Sánchez Mazas ... comprende que lo del campo de aviación sólo puede ser una excusa ... el grupo dobla a la izquierda, abandona la carretera y se interna en el bosque ... De la espesura brota entonces una voz militar que les ordena detenerse y dar media vuelta a la izquierda. ... Transcurre entonces un instante eterno durante el cual Sánchez Mazas piensa que no va a morir, que va a escapar. Piensa que no puede escapar hacia su espalda, porque los disparos vendrán de allí; ni hacia su izquierda, porque correría de vuelta a la carretera y a los soldados; ni hacia delante, porque tendría que salvar una muralla de ocho hombres despavoridos. Pero (piensa) sí puede escapar hacia la derecha, donde a no más de seis o siete metros un espeso breñal de pinos y maleza promete una posibilidad de esconderse. «Hacia la derecha», piensa. Y piensa: «Ahora o nunca». En ese momento varias ametralladoras emplazadas a espaldas del grupo, justo en la dirección de la que ha surgido la voz de mando, empiezan a barrer el claro, tratando de protegerse, instintivamente los presos buscan el suelo. Para entonces Sánchez Mazas ya ha alcanzado el breñal, corre entre los pinos arañándose la cara y oyendo aún el tableteo sin compasión de las ametralladoras. ... Durante nueve días con sus noches del invierno brutal de 1939, Rafael Sánchez Mazas anduvo vagando por la comarca de Banyoles tratando de cruzar las líneas del ejército republicano en retirada y pasar a la zona nacional».

Desconocemos si Azaña recibió la carta de Azorín, pero aun en el supuesto de que la recepción hubiera sido inmediata a su curso, poco tiempo tendría el Presidente de la República para conseguir el canje supuesta su urgente dedicación a tal objetivo.

Afortunadamente para Antonio Espina, los negros augurios que reflejaban Azaña en «La Pobleta» y Azorín en París no tuvieron realidad. Ni se volvió loco ni padeció cáncer en la lengua; «terrible mal» a que se refería Azorín.

Antonio Espina García, nacido en 1894, contaba ya antes de la guerra civil con sólido prestigio literario en su polifacética proyección de ensayista, poeta, novelista y biógrafo. Asiduo colaborador de «Revista de Occidente» había publicado «Umbrales» (1918), «Signario» (1923), «Pájaro Pinto» (1926), «Luna de Copas» (1929), «Lo cómico contemporáneo» (1928), «El nuevo diantre» (1934), «Luis Candelas, el bandido de Madrid» (1930), «Romea el comediante» (1932), así como gran número de artículos y ensayos en diversas publicaciones.

En política, Espina fue un calificado «azañista» y activo militante de Izquierda Republicana. En el año 1936 fue nombrado Gobernador Civil de Ávila y posteriormente de Baleares, cargo que ejercía el 18 de julio de 1936. Detenido y encarcelado fue juzgado y condenado permaneciendo cuatro años en prisión, exiliándose voluntariamente en diversos países sudamericanos cuando quedó libre, hasta que, finalmente, regresó a España, donde terminó sus días en 1972.

Recuerda Luis Antonio de Villena (3) que Antonio Espina «muere casi olvidado, tarde tras tarde yo lo vi en el antiguo café Lyon»; «olvidado en su Madrid solitario y a veces en compañía de Francisco Ayala y José Bergamín». Así lo ve José Esteban (4), pero contrariamente a lo que pudiera deducirse de las expresiones de Villena y Esteban, Antonio Espina, después de la guerra civil, continuó colaborando asiduamente en la segunda época de «Revista de Occidente», escribió artículos en «ABC» y otros diarios y revistas y fue autor de numerosas obras de las que citamos «Ganivet el hombre y la obra» (Espasa Calpe, 1972), «Aventuras del Doctor Diego de Torres Villarroel, escritas por él mismo» (Colección Crisol, Madrid, 1970), obra de la que Antonio Espina escribió prólogo y notas; «Audaces y extravagantes, doce vidas de aventuras» (Taurus, 1959), «El cuarto poder» (1960), «Cervantes» (Atlas, Madrid, 1943), «Espartero o cúmplase la voluntad nacional» (Gran Capitán, Madrid, 1949), «Seis vidas españolas» (Taurus, Madrid, 1967); tradujo al castellano, en 1944, «Don Gypsi», de Walter Starkie.

Transcurridos más de veinte años desde su muerte, Antonio Espina ha suscitado el interés de críticos y estudiosos de su obra. En 1994 publica Pre-Textos en dos volúmenes una colección de escritos de Antonio Espina; Jaime Ferrer publica en el año 2000: «Antonio Espina, del modernismo a la vanguardia»; Ana Eva Guasch (5) escribe un amplio estudio sobre «Cervantes desde la atenta mirada de Antonio Espina». Se reeditan en esta última época «Luis Candelas» (1996), «Pájaro Pinto» (1992), «Umbrales» y «Signario» (1994). Jaime Siles (6) en «Pasos en la nieve» dedica uno de sus «monólogos» a Antonio Espina, al que recrea en el Lyon a mediados de los sesenta, como nos recuerda Miguel García-Posada con motivo de su recensión a la obra del poeta (Blanco y Negro cultural, 3-7-2004).

Cualquiera que fuera la fecha en que Azaña recibió la carta de Azorín, de 15 de octubre de 1938, hubiera sido en todo caso en tiempos agónicos para la II República española y nefastos para su Presidente, nada propicios para que éste emprendiera con entusiasmo la gestión del canje Sánchez Mazas - Espina, asunto de escasa onda emotiva ante los sucesos de histórica importancia que se estaban produciendo: descalabro de la batalla del Ebro, desmoronamiento del régimen republicano y divergencia y hostilidad cada vez más acentuadas con Negrín, Presidente del Consejo de Ministros. Tenía lugar a mediados de noviembre del 38 el repliegue-retirada del ejército republicano, seguida de la ofensiva del ejército de Franco en todo el frente de Cataluña (caería Barcelona el 26 de enero). Anota Azaña (7) en su diario desde

Pedralbes, el día 14 de enero del 39, que el general Saravia le aconseja «que me vaya de aquí» (de Barcelona). El siguiente día 16 refleja Azaña una conversación telefónica con Giral en el que éste mantiene la teoría de que el ejército «se retira combatiendo», mientras aquél señala que se ha producido «la desbandada». Faltaban pocos días para que el Presidente de la República, siguiendo el consejo del general Saravia, cruzase la frontera de Francia el día 7 de febrero de 1940, y alguno más para que dimitiese irrevocablemente de su condición presidencial el día 27, siguiente al que Inglaterra y Francia reconociesen al Gobierno de Burgos.

Nadie podría despejar la incógnita de lo que hubiera podido suceder si Azaña, sobreponiéndose al desfavorable ambiente de los últimos meses de 1938 e impelido por su vieja amistad con Antonio Espina decidiese «interponer su influencia» (es la frase de Azorín) para lograr el hasta entonces fracasado canje. La influencia residual de Azaña en aquellos tiempos era más bien personal que política. En este último aspecto no estaba en condiciones de exigir nada. Pero mantenía incólume su enorme prestigio personal y el papel histórico que había asumido desde la proclamación de la República. Cabe pensar que la interposición de su influencia residual para conseguir el canje pudiera haber sido coronada por el éxito. Pero lo que resulta fácil de desvanecer es la incógnita de lo que hubiera sucedido a Sánchez Mazas si el canje hubiera tenido lugar. Tal como preveía Azorín, hubiera llegado a Cerbere e inmediatamente se habría trasladado a la España de Franco. Y su trayectoria política posterior pudiera haber sido análoga, en términos generales, a la que Javier Cercas describe en «Soldados de Salamina» (8). Pero este relato-novela de Cercas no habría llegado a escribirse jamás. Sánchez Mazas no habría estado nunca en el Monasterio de Santa María del Collell y nunca se le habría fusilado. Nunca habría trabado su cordial relación con «los amigos del bosque», que le ampararon desde su evasión del Monasterio, y nunca habrían podido escuchar estos amigos del bosque, a Rafael Sánchez Mazas, que cuando estuviera libre se proponía escribir una novela en la que aquellos tendrían el preferente papel que en justicia les correspondía. La novela —que Sánchez Mazas no llegó a escribir— se titularía, reiteró en varias ocasiones, «Soldados de Salamina», título que adoptó Cercas para su best-seller.

## BIBLIOGRAFÍA

- (1) Azaña, Manuel, *Obras Completas*. Tomo IV. Memorias políticas y de guerra. Ediciones Oasis, S. A. Primera edición de 1968, 970 págs. La composición y disposición de los textos, el prefacio general, los prólogos y la bibliografía de estas *Obras Completas* han estado a cargo del profesor Juan Marechal, pág. 737.
- (2) Cercas, Javier, *Soldados de Salamina*. Tusquets Editores. S. A. 17.<sup>a</sup> edición, marzo de 2002, 209 págs. Págs. 99 a 125.  
En 2007 se estrenó en Barcelona y Madrid la representación teatral de «Soldados de Salamina», escrita por el propio Cercas y dirigida por Juan Ollé. La versión cinematográfica fue dirigida por David Trueba en 2005.
- (3) «El Mundo». Suplemento literario. 2 de julio de 2003.
- (4) «Política», n.º 12/10/2003.
- (5) Guasch, Ana Eva, Universidad de las Islas Baleares. Palma de Mallorca 2001.
- (6) Siles, Jaime, *Pasos en la nieve*. Tusquets, 2004.
- (7) Azaña, Obra citada, pág. 906.
- (8) Cercas, Obra citada, págs. 127 y sigs.